

TERCER CONGRESO GENERAL DE HISTORIA DE NAVARRA
NAFARROAKO KONDAIRAREN HIRUGARREN BATZARRE OROKORRA

Pamplona, 20-23 septiembre de 1994



Área II. CORRIENTES ARTÍSTICAS

Ponencia III.

NAVARRA Y SU CAPITAL VISTAS POR UN VIAJERO
BEARNÉS A FINALES DEL SIGLO XVIII

ADRIÁN M. BLÁZQUEZ, CHRISTIAN DESPLAT

Université de Pau

Antiguísimas y conocidas son las relaciones entre el Béarn y Navarra. Los picos de los Pirineos, en efecto, nunca fueron una barrera entre sus dos vertientes. Muy al contrario, los habitantes de estas regiones montañosas, por imperativos materiales esencialmente, estuvieron en constante contacto. Desde los lejanos tiempos de la Reconquista, a la que los bearneses participaron, y de los convenios de *Facerías* («lies et passeries») sobre aprovechamiento colectivo de pastos, los intercambios nunca se habían interrumpido. La historia, los intereses y los sentimientos crearon así, poco a poco, entre el Béarn y la Navarra estrechos lazos. La mayoría de los bearneses conocía España y a los españoles, aunque a menudo este conocimiento era totalmente empírico. Parece como si las relaciones físicas hubieran sido tanto más estrechas y antiguas, cuando los testimonios escritos son raros y tardíos. Hubo que esperar la segunda mitad del siglo XVIII y las consecuencias de un movimiento más general -el descubrimiento de la naturaleza y de la montaña- para que los bearneses se decidieran a escribir lo que veían y conocían desde hacía siglos. Pero para que existieran las narraciones de viajes, era necesario que el viaje en sí mismo existiera; y en este sentido, el viaje como forma de ocio aristocrático, no aparece mucho antes de los años 1750.

Entre los varios testimonios de bearneses que visitaron España en la segunda mitad del siglo XVIII¹ uno nos parece particularmente importante por lo que toca a Navarra: el de Jacques Faget de Baure.

A) JACQUES FAGET DE BAURE: BREVE SÍNTESIS DE SU VIDA Y DE SU OBRA

La familia de los Faget, a lo largo de los siglos XVI al XIX, se eleva, por encima de la nobleza real bearnesa ordinaria, a la verdadera nobleza personal, y alcanza un encumbramiento social excepcional².

¹ BONNECAZE, JEAN; «Testament Politique»; curiosa memoria de su viaje de peregrinación a Santiago de Compostela en 1748. Texto publicado por DUBARAT, V.; in *Mélanges de bibliographie et d'histoire locale*; T. III; Pau, 1898; pgs. 205-210. J.P. RACO, realizó en 1789 una peregrinación igualmente a Santiago, de la que dejó escrita una memoria. Interesantes extractos de este manuscrito han sido publicado por A. SEDZE en *Revue régionaliste des Pyrénées*, nº 187-188, Pau, 1970.

² LAJEUNIE, B.; «Les Faget (XVIe-XIXe siècles). Aspects d'une ascension sociale», in *Revue de Pau et du Béarn*; núm. 12; Pau, 1985, pgs. 130-175.

Jacques Faget de Baure (1756-1817), el autor de la narración de viajes que vamos a estudiar, fue el gran hombre de la familia³. Hijo de una madre católica y de un padre que sólo adjuró la Reforma protestante en su lecho de muerte, el joven Jacques fue enviado a los oratorianos del colegio de Juilly, como prueba de una irreprochable ortodoxia católica, absolutamente necesaria para poder seguir una carrera parlamentaria en la Francia monárquica de Antiguo Régimen. Estudió después Derecho en París y entró como abogado en el Parlamento de Pau a los 19 años. Su padre le cedió el señorío de Argagnon, nobleza real que le permitió entrar en el estamento nobiliario bearnés en enero de 1775. Jacques ingresó en el Parlamento al año siguiente, permaneciendo en él hasta su supresión en 1790. En 1783 entra a formar parte de los Estados en razón de su tierra noble de Baure, cuyo nombre adoptó desde entonces. Este mismo año fue elegido miembro de la Academia Real de Pau, que representaba una especie de coto cultural de las grandes familias parlamentarias bearnesas.

En vísperas de la Revolución Francesa, Jacques Faget de Baure pertenecía, pues, a la élite social, económica y cultural del Béarn. La tormenta revolucionaria puso fin a su carrera bearnesa, aunque representó, sin duda, una suerte para aquel provinciano que sin ella no hubiera tenido otra perspectiva que la adquisición de la nobleza personal, conservando su oficio. Faget, no muestra simpatía alguna por un acontecimiento que arruinaba su carrera profesional y chocaba con sus consentimientos monárquicos. Se negó, no obstante, a emigrar y se retiró a sus tierras cuando el Parlamento fue disuelto; fue arrestado en 1793 como todos los antiguos miembros de los Parlamentos. Había sabido, no obstante, hacer prueba de moderación y de prudencia ya que el concejo municipal del pueblecito de Sainte Suzanne, en cuyo término se encontraba el dominio de Baure, certificó que «*se ha comportado de manera irreprochable y siempre se comportó como un amigo del pueblo*». Una vez liberado, Faget se dedicó a sus actividades campestres y literarias: administró con diligencia sus dominios y comenzó sus investigaciones sobre la historia del Béarn.

El Consulado (1799-1804), régimen autoritario, le pareció digno de ser servido. Esta segunda carrera política de Jacques Faget de Baure se vio favorecida por un amigo de origen bearnés, Pierre Clément de Laussat, quien le puso en relación con Pierre

³ Para una mayor información sobre este personaje, ver nuestro trabajo común: «*La visión del otro. Un viajero bearnés en el País Vasco a finales del siglo XVIII*», actualmente en trámites de publicación.

Daru⁴, Ministro de Estado de Napoleón e Intendente de la *Grande Armée*, quien rápidamente le tomó como secretario particular; en 1802 los dos hombres se convirtieron en cuñados por el matrimonio de Jacques Faget y Sophie Daru.

Ya fuera por prudencia ya por cálculo, Faget no entró oficialmente al servicio del Imperio sino en 1809. Su nueva carrera política fue rápida y brillante. Comenzó por la Magistratura, en el Comité de lo Contencioso, prosiguió por su entrada en el *Corps Legislatif* en 1810, del que fue elegido Presidente de la Comisión de Legislación Civil y Criminal; en 1811, tras la ascensión de Daru al puesto de Ministro Secretario de Estado (un verdadero Primer Ministro) fue nombrado al más prestigioso de los cargos de la magistratura, Presidente de la Audiencia Imperial de París, cargo que ocupó hasta su muerte.

Servidor del Estado y de la Ley más que del Imperio, Faget acogió favorablemente la vuelta de los Borbones al trono, y en abril de 1814 votó sin escrúpulo alguno la destitución del Emperador. Influenciado quizás por el federalismo bearnés, era partidario de una Monarquía legítima y constitucional. Los Borbones recompensaron su celo atribuyéndole la cruz de caballero de la Legión de Honor en 1814; fue, igualmente, Vice Presidente de la Cámara de Diputados. Su muerte advino el 30 de diciembre de 1817.

Los intereses personales de Faget de Baure no se limitaron, sin embargo, a los aspectos puramente políticos; paralelamente a ellos, llevó a cabo una importante actividad intelectual.

Gran lector, tomaba abundantes notas en pequeños cuadernillos que él llamaba sus *livres d'or*, en uno de ellos queda inscrita la elocuente divisa «*Nulla dies sine linea*». Se interesó por la gramática, la filología, la sintaxis griega y latina, pero también la historia, en particular de su Béarn natal, así como por la arqueología. Como buen amante de Clio, transcribió documentos medievales, actas privadas y el Fuero Antiguo de Béarn, y escribió sus interesantes «*Essais historiques sur le Béarn*», publicados a título póstumo en 1818. Como arqueólogo, realizó en los Pirineos excavaciones en implantaciones antiguas y transcribió varias inscripciones latinas de Salis y Bagnères, y fue probablemente el primero que descubrió el secreto de los *oppida*, que atribuyó a los Iberos.

⁴ Sobre este personaje, ver B. BERGERAT; Daru, intendant général de la Grande Armée; París, 1991.

Su muerte precoz, pero también posiblemente sus obligaciones administrativas y políticas, no permitieron a Faget de Baure publicar la mayor parte de sus escritos literarios o históricos. Con la excepción de la *Histoire du Canal de Languedoc*, publicada en 1805, y los *Essais historiques sur le Béarn* que vieron la luz un año después de su muerte, como ya hemos señalado, todo lo demás permanece en estado de manuscritos más o menos elaborados. Entre los trabajos más adelantados y casi directamente publicables se encuentran los «Souvenirs de voyage en France et en Espagne», objeto de nuestra presente comunicación, y de los que vamos a tratar seguidamente.

B) «PAMPLONA, SAN SEBASTIÁN Y LOS VASCOS»: UNA CIERTA VISIÓN DE NAVARRA Y DE SUS HOMBRES

Paradigma del perfecto hombre de las Luces, Jacques Faget de Baure tenía un apetito inextinguible de conocimientos que saciaba en parte, uniendo lo útil a lo agradable, a través de numerosos viajes por Francia, pero también por el resto de Europa:

«En Madrid me tomaron por un gallego; en París tuve el honor de pasar por originario de la Champaña; en Londres hubo apuestas de que era escocés; en San Petersburgo sólo dependió de mí el entrar como Calmouk en la guardia tártara de la Emperatriz»⁵.

Resultado de estos viajes es su narración literaria «*Souvenirs de voyage en France et en Espagne*». Este texto existe en tres ejemplares manuscritos, uno de ellos incompleto⁶, en los tres casos se trata de copias magníficamente caligrafiadas y corregidas en el margen, sin duda posteriormente, por el propio autor. Nosotros hemos utilizado el primer manuscrito, que consta de tres volúmenes encuadernados, con un total de 2050 páginas (hasta la 792 el primero, hasta la 1491 el segundo y hasta la 2050 el tercero) con unas dimensiones de 22 x 18,7 cms. Los tres manuscritos citados llevan la fecha de 1784, sin que podamos saber si se trata de la

⁵ «Souvenirs de voyage en France et en Espagne»; Capítulo 1^o: «Pampelune, S. Sebastien et les Basques»; pg. 4. En lo sucesivo lo citaremos como «Souvenirs-Pampelune...». Las citas las transcribimos en español, y proceden de la traducción que hemos realizado para el trabajo citado.

⁶ Archives Departamentales des Pyrénées Atlantiques (Pau); 1 J. 61/16, 17, 18.

fecha del comienzo de su redacción -lo que consideramos lo más probable- o del final de la misma. Una cosa es segura: los «*Souvenirs...*» fueron redactados antes de la Revolución Francesa, en la época en que Faget de Baure era todavía Abogado General del Parlamento de Navarra. Se nos presenta en ellos el autor-narrador bajo la apariencia de un amable diletante, afectado por el virus «fin de siglo», lo que -por otra parte- confirma igualmente su anglofilia:

«... también quiero escribir mi Odisea; no porque pretenda la inmortalidad, sino porque estoy desocupado y me aburro; ¿no es ésta una razón suficiente para escribir, aún cuando deba cansar a los lectores y no divertir sino a mí mismo?»⁷.

Uno de los resultados de tal actitud es el de privarnos de cualquier precisión sobre las condiciones materiales de sus viajes, e incluso sobre sus itinerarios precisos.

Al interior de estos «*Souvenirs...*», el Capítulo primero se titula «*Pampelune, S. Sebastien et les Basques*», que corresponde a las páginas 1 a 90.

Comienza Faget de Baure su narración reivindicando el anonimato total que desea dar a sus recuerdos de viaje. No desea constancia ni de su nombre, ni de su itinerario, ni incluso de su país de origen; confiesa únicamente haberse inspirado, desde un punto de vista literario, de L. Sterne y su «*A Sentimental Journey through France and Italy*», publicado en 1780:

«...no levantará el velo con el que me he cubierto; no quiero que el lector pueda adivinar ni mi rango, ni mi país, ni nada de cuanto me concierne; y para mejor conseguirlo, he hecho traducir al francés lo que había escrito en mi lengua de origen»⁸.

Faget observa efectivamente tal decisión y en ningún momento aporta detalles concretos sobre su persona o su itinerario. Por lo que a su viaje por Navarra se refiere, nuestro autor parece haberse dirigido directamente a Pamplona, por Roncesvalles quizás, desde su Béarn natal, volviendo después a su punto de partida dando la vuelta por San Sebastián, Irún, Bayona y el País Vasco Francés. Veamos

⁷ «*Souvenirs-Pampelune*»; pg. 1.

⁸ *Ibidem*; pg. 5.

pues cómo se nos presentan Navarra y sus hombres en esta narración viajes de Faget de Baure.

1.-La mirada selectiva del especialista: referencias a la organización política y jurídico-administrativa de Navarra.

Para el eminente jurista que era Faget de Baure, profundo conocedor de la teoría y personalmente implicado en cuanto miembro del Parlamento de Navarra en la aplicación diaria y la vivencia política concreta de los fueros particulares de que gozaban aún -al menos en teoría- tanto la parte norte bearnesa como la parte española del antiguo reino de Navarra, no hay duda ninguna de que la organización político-administrativa del antiguo reino pirenaico ibérico, le interesaba particularmente. La mejor prueba de ello -así como, por otra parte, de la categoría del viajero- la tenemos en su entrevista con el Presidente del Consejo de Navarra durante su estancia en Pamplona. He aquí el rápido y positivo retrato que esboza de la entrevista con tan distinguido personaje:

«Un instante después vi entrar, por una pequeña puerta secreta, a un hombre que llevaba en la mano una lámpara de cuatro mechas; la colocó sobre una mesa; era la única luz que nos alumbraba; después avanzó hacia mí, que me había puesto de pie y, estrechándome la mano para evitar los primeros cumplidos, me hizo sentar en el sofá, sentándose él mismo a mi lado. Me habló con interés, en mi propia lengua; lo encontré instruido, grave y sencillo. Era el Primer Presidente de los tres tribunales que rigen Navarra (...). Me enseñó cosas demasiado importantes para insertarlas aquí: las reservo para un gran in folio, en el que me propongo dar lecciones a todos los gobernantes de Asia»⁹.

Intercambio personal de buenas maneras entre personas pertenecientes a un cierto mundo sociopolítico, pero también -y quizás sobre todo- intercambio de pareceres y experiencias entre especialistas de la teoría y de la práctica del derecho, en entidades político-administrativas que gozaban de una situación particular y con ciertas semejanzas. La finalidad eminentemente literaria que Faget parece haber asignado a su narración de viajes nos deja, sin embargo, con la miel en la boca y nos priva de su visión y análisis sobre la organización político-administrativa navarra en aquellos años decisivos de finales del siglo XVIII en los que el Despotismo Ilustrado español estaba

⁹ *Ibidem*; pg. 47-48.

en su culmen, amenazando cada vez más directamente los escasos sistemas de privilegios regionales aún existentes en la Monarquía Hispánica.

Perjeña, no obstante nuestro autor con bastante precisión el cañamazo de la organización general político-administrativa, jurídica y fiscal del Reino de Navarra: las Cortes, el Consejo de Navarra y la Cámara de Comptos.

Las CORTES de Navarra son definidas por Faget como:

«...la asamblea política de los diputados de las villas y burgos, que reglamentan ellos mismos sus impuestos y los intereses de su país»¹⁰

y que representaban, teóricamente, al menos, los «tres Estados del Reino» y estaban compuestas de tres «brazos» o estamentos: el Eclesiástico, el Nobiliario o militar y el de las Universidades o ciudades y buenas villas.

La segunda institución de que nos habla Faget es la CÁMARA DE COMPTOS, definida en una frase rápida como el organismo *«responsable de la percepción de las rentas públicas»*. En realidad sus cometidos eran mucho más amplios, pero nuestro viajero pone sólo el acento en lo que le parece más importante: una recaudación fiscal más responsable y menos conflictiva al saber el contribuyente que dichos impuestos servirán para mejorar la vida del propio reino, y por consiguiente la de cada uno de sus componentes, directa o indirectamente.

EL REAL CONSEJO DE NAVARRA nos es definido de manera también extremadamente sucinta: *«...se encarga de la justicia distributiva»* 10. Se trataba en realidad, a la vez del órgano supremo de gobierno interior y del tribunal supremo de justicia.

Sobre la administración de justicia, dos alusiones rápidas encontramos en los *«Souvenirs...»*: una sobre la carrera de los magistrados y otra acerca de la indulgencia de las penas pronunciadas.

La carrera de la Magistratura nos es presentada como un *cursus* abierto y progresivo, que tiene como base de promoción la experiencia adquirida y los méritos de la

¹⁰ *Ibidem*; pg. 48-49.

persona, lo que origina una emulación general entre los letrados, de la que resulta finalmente un buen funcionamiento de la administración judicial:

«...es a través de largos servicios en la carrera de la abogacía como se llega a juez de los tribunales; y que entre las plazas de la judicatura existe una gradación que ofrece perspectivas a la ambición y hace a los magistrados celosos de su reputación, porque ella les conduce a los honores y a la fortuna»¹¹.

Por lo que toca a las penas impuestas por los tribunales y los jueces navarros, leemos:

«...la justicia criminal es tan indulgente como en el resto de España, pasándose años sin que haya una sola ejecución. He visto un culpable de crimen contra el Estado o al menos supuesto tal, encerrado desde hace veinte años en la ciudadela» (Ibidem).

Y en efecto, como lo demuestra el reciente y documentado estudio de José Luis de las Heras¹², aunque la pena de muerte se aplicaba en teoría a los llamados delitos atroces y causantes de gran escándalo, hay que tener en cuenta las preferencias del poder político por la imposición de otras penas de sustitución más directamente rentables para el Estado, como las multas pecuniarias o la condena a galeras.

En una palabra, por tratarse precisamente de lo esencial para el autor, quien considera por ello que unas crónicas de viajes con las que está escribiendo no son precisamente el lugar más adaptado para tratar de estos temas fundamentales, la organización político-administrativa es esbozada en tres grandes pinceladas, enviando a un futuro estudio más especializado y pormenorizado el tratamiento detallado de estos asuntos capitales.

2.-La visión del ciudadano: la descripción de la ciudad de Pamplona y de sus fiestas.

Faget de Baure, como perfecto ciudadano que es, se ve atraído esencialmente por las ciudades. San Sebastián, Irún, Bayonne y sobre todo Pamplona nos son descritas

¹¹ *Ibidem*; pg. 50-51.

¹² HERAS SANTOS, J.L.; La justicia penal de los Austrias en la Corona de Castilla; *Salamanca*, 1991; pgs. 200-201 y 316-322.

con bastante detalle en sus *«Souvenirs...»*. Nos limitaremos en la presente comunicación exclusivamente a la visión que nos da de la capital navarra.

Comienza Faget su descripción de Pamplona presentándonos su situación geográfica y sus orígenes históricos. La ubica acertadamente sobre un promontorio, al que el río Arga sirve de defensa natural por el NE, y que una ciudadela de traza italiana defiende por el SO: *«...se atribuyen a Vauban los planos de esta plaza fuerte»*¹³.

Sobre su importancia demográfica anota simplemente: *«Pamplona es una gran ciudad»*; tendría en realidad, por aquellos años unos 15.000 habitantes.

Por lo que es de sus orígenes históricos, el amante ilustrado de la historia de Roma que es Faget de Baure, no puede menos que subrayar los orígenes probablemente romanos de la ciudad:

*«En lengua vasca se llama Iruña, buena ciudad; y en español Pamplona, que se cree venir de Pompeyo que fundó aquí una colonia romana»*¹⁴.

Su importancia estratégica, y por consiguiente sus defensas y su guarnición militar, quedan perfectamente reseñadas:

*«...está rodeada de un recinto de murallas y defendida por los dos lados opuestos, por un fortín y una ciudadela; la ciudadela es amplia y contiene hermosos acuartelamientos, almacenes abovedados y un molino de viento: se atribuye a Vauban el plano de esta plaza»*¹⁵.

Se ve atraído igualmente nuestro viajero por la hermosa organización de las calles de la ciudad, amplias, pavimentadas e impecablemente limpias:

«La villa se adorna de calles anchas y rectas; el pavimento es de gres y está cortado por tres cordones de losas de piedra que sirven de acera para los peatones. La

¹³ *«Souvenirs-Pampelune..»*; pg. 52.

¹⁴ *Ibidem*; pg. 60.

¹⁵ *Ibidem*; pgs. 51-52.

limpieza de las calles es total: reglamentos de policía aplicados con todo cuidado no permiten en absoluto arrojar inmundicias en ellas»¹⁶.

Su atención principal, sin embargo, se centra en el hábitat. Comienza nuestro bearnés por describir la arquitectura general de las casas de Pamplona, que se nos presentan siguiendo ya un plan establecido que les proporciona una cierta homogeneidad arquitectural:

«Las casas están construidas con bastante uniformidad. Tienen en general, tres pisos; todas están decoradas con balcones-miradores. Algunas están pintadas por fuera»¹⁷.

Un interés particular, por lo exótico sin duda, muestra Faget por estos balcones que no eran, como en su Béarn nata, simples varandillas de protección de hierro o madera, sino verdaderos componentes arquitectónicos de las fachadas:

«...todas las casas tienen balcones; y no esas simples verjas de hierro que sirven para apoyo de quienes miran por las ventanas, sino pequeños pabellones adosados a cada ventanal, cerrados por rejas pintadas de distintos colores y que les hacen parecer a grandes jaulas...»¹⁸.

La disposición interior de las casas navarras le causó aún mayor sorpresa. Las casas de Pamplona no poseen, para Faget, las comodidades de un hábitat «civilizado» para la época: no disponen ni de chimeneas para calefacción, ni de letrinas -lo que parece ser históricamente cierto¹⁹ - ni de cristales en las ventanas²⁰.

La disposición de las cocinas, colocadas directamente bajo el tejado, y en particular el hogar central que servía de chimenea, le chocan hasta el punto de escribir:

¹⁶ *Ibidem*; pg. 52.

¹⁷ *Ibidem*; pgs. 52-53.

¹⁸ *Ibidem*; pgs. 6-7.

¹⁹ Ver el pormenorizado trabajo de JESÚS RAMOS, *La salud pública...; Pamplona, 1991; pgs. 57-60.*

²⁰ «Souvenirs-Pampelune...»; pgs. 33-34.

«La cocina está colocada bajo el tejado, abriéndose en el techo un paso para el humo. Bajo este agujero, y en medio de la cocina, se enciende el fuego: es la choza del salvaje, la cocina del lapón, transportadas bajo un edificio europeo»²¹.

Los suelos cubiertos de esterillas de esparto, la abundancia de sofás y las camas presentadas como *«simples catres a la griega»*, llaman también poderosamente su atención.

Tales peculiaridades no conducen, sin embargo, a una conclusión demasiado desfavorable de este tipo de hábitats, frescas bajo un cielo tórrido, Faget de Baure encuentra más bien agradable este tipo de viviendas, bien adaptado a las condiciones naturales de la región²².

Dos alusiones nos proporcionan los *«Souvenirs...»* sobre la salud pública en Pamplona. El primero, es el problema que la falta de agua potable planteaba en la ciudad y que, en el momento de la visita de nuestro viajero, estaba intentando ser resuelto en la construcción de un acueducto que llevaría a la ciudad aguas de las fuentes de Subiza, Esparza y Arlegui²³.

«Se trabaja en estos momentos en la construcción del acueducto para traer el agua de ciertos manantiales lejanos; obra necesaria ya que los habitantes están condenados a beber el agua cenagosa del Arga»²⁴.

Desde el punto de vista de la política de salud pública, Faget se limita a anotar el ejemplar papel jugado por el Hospital General, que parece haber visitado:

«El Hospital General merece ser puesto de relieve, tanto por su distribución interior, cuanto por la beneficencia ilustrada como en él se ejerce»²⁵.

²¹ *Ibidem*; pg. 54.

²² *Ibidem*; pg. 56.

²³ *Sobre este tema, puede ser consultado el detallado estudio de María DE LARUMBE, El Academicismo y la arquitectura del siglo XIX en Navarra; Pamplona, 1990; pgs. 44-46.*

²⁴ *«Souvenirs-Pampelune...»*; pg. 58.

²⁵ *Ibidem*; pg. 58.

He aquí cómo, en una frase, quedan resumidos los principales rasgos de la organización del gran centro hospitalario de Pamplona, que aseguraba lo esencial de la asistencia sanitaria de la ciudad en el siglo XVIII.

La descripción de las típicas costumbres en la celebración de la fiesta patronal de San Fermín, completa el preciso cuadro que Faget de Baure esboza de la ciudad de Pamplona. Se trata del aspecto en el que nuestro autor se fija con mayor detalle y al que dedica el desarrollo más pormenorizado. Todo queda precisamente descrito: la procesión de los gigantes; la conducción de los toros bravos, que se van a buscar a las montañas navarras, y su carrera por las calles de la ciudad hasta introducirlos en la plaza de toros y los toriles; los espectáculos callejeros protagonizados por los volatineros y equilibristas valencianos; las corridas de toros descritas con todo detalle y en su doble vertiente de toreo a pie y a caballo; la descripción de la plaza de toros, etc. No nos vamos a detener, sin embargo, por falta de tiempo, en estos aspectos - que habrían sido suficientes y sobrantes para una comunicación- ya que nos ha parecido preferible ofrecer *in extenso* al lector interesado, tal descripción en anexo a la presente comunicación. Digamos simplemente que Faget de Baure no es un aficionado enamorado de la corrida de toros. La considera más bien como un espectáculo sanguinario, aunque reconoce y comprende todo lo que ella puede representar para los españoles:

«El toro es verdaderamente el Héroe el espectáculo: (...) tiene la fuerza, la belleza y el coraje; es digno de pena. ¿Qué más hace falta para convertirlo en héroe de tragedia? Una sola deficiencia encontré en esta tragedia: que tuviera diez y seis actos; y hay que ser del país para no cansarse de una obra tan larga. Pero es el espectáculo de los españoles: representa para ellos lo que los juegos del circo representaban en Roma y Constantinopla»²⁶.

Una visión pues, detallada y precisa de los diferentes aspectos ciudadanos, que interesan y atraen en particular la atención de un nombre de la villa. Nuestro bearnés permanece cierto tiempo en Pamplona y anota con precisión los diversos aspectos de la vida ciudadana: arquitectónicos, sociales, lúdicos, políticos...

3.-Los aspectos socio-económicos.

²⁶ *Ibidem*; pgs. 26-27.

En perfecto hombre de las Luces que era, Faget de Baure observa el conjunto de la sociedad de las regiones que visita, anotando lo que le parece más característico.

Por lo que es de la sociedad navarra, encontramos en los «*Souvenirs...*» alusiones a los tres estamentos en que oficial y jurídicamente aún se dividían aquellas sociedades de Antiguo Régimen: el cleo, la nobleza y los pecheros.

Es el Clero el estamento en que mayor hincapié hace nuestro bearnés. Lo encuentra, en primer lugar, demasiado numeroso para su gusto:

«...no he encontrado familia que no tuviera un monje. Hay que observar que quizás no exista familia de la que no haya salido un religioso»²⁷.

Es precisamente esta plétora de clérigos la que hace, según nuestro autor, que las relaciones consideradas a menudo por los extranjeros demasiado íntimas, entre los clérigos y el elemento femenino, no sean lo más frecuentemente sino la expresión de lazos familiares profundamente enraizados en la sociedad española de la época:

«Una jovencita, dona Pepa de Ripaverde, llevaba unos pendientes compuestos de siete u ocho medallones reunidos en forma de arracada; estos medallones contenían los retratos en miniatura de sus padres, hermanos, tíos, primos, etc. De los catorce retratos, seis eran de religiosos. ¿Es, pues, extraño que encontremos por todas partes en Pamplona a jovencitas en conversación con frailes? Son, o pueden ser, sus tíos, sus hermanos o sus primos. ¡Y quién ha sospechado nunca algún mal, o quién puede presumir algún desorden en lo que caracteriza la unión de las familias!»²⁸.

Sin embargo, enfrentando Faget personalmente al problema, pronto deja translucir los prejuicios -nada nuevos por cierto- sobre la conducta moral de los clérigos españoles. En efecto, atraído irresistiblemente por la belleza de la «*encantadora*» doña Joaquina y esperando obtener de ella otros más privados favores, Faget de Baure da libre curso a su enfado al verse conducido por un clérigo hasta la puerta de la casa, quedando éste en el interior, con la tan deseada señorita:

²⁷ *Ibidem*; pg. 39.

²⁸ *Ibidem*; pg. 40.

«Lo confieso, creí entonces todas las historias que los viajeros han contado sobre la galantería monacal en el país de los Iberos. Maldije veinte veces a quien nos había tan amablemente despedido; ¿pero se trataba quizás de un hermano o de un tío?»²⁹.

La bondad sin límites y la austeridad de vida del Obispo de Pamplona impresionan muy favorablemente, por el contrario, a nuestro viajero, realizando el siguiente laudativo retrato moral del prelado:

«El Obispo de Pamplona es uno de esos hombres austeros, como nos pintan a los solitarios de Tebaida, como ellos, vive de raices, sin fasto, solitario y casi invisible en su palacio. No se le ve sino en el altar: sus inmensas rentas son distribuidas entre los pobres y su caridad se extiende a todas partes donde sabe que existe un infortunado sin recursos»³⁰.

A pesar de todo, y dada su situación personal y su rango social en su patria, el estamento social con el que más contacto tiene en Pamplona es con la aristocracia local. Además de su visita, más bien protocolaria, al Primer Presidente del Consejo de Navarra, que nos describe como *«instruido, grave y sencillo»*, familiariza más íntimamente con otros varios aristocráticos: Don Miguel Angel de Vidarte, la Marquesa de Ayanz, y un amigo del primero, del que sólo se nos proporciona el apellido, *«Ouichi»* (Huici, probablemente).

Es en casa de los señores de Vidarte donde asiste nuestro viajero a ciertas manifestaciones de la sociabilidad navarra que le parecieron llenas de exotismo. Apreció aquí, muy particularmente los *«refrescos»*: dos criados distribuían a cada invitado un plato de plata y un vaso de limonada helada, a la que se añadían unos panecillos de azúcar. Se sirvieron después confituras secas, panecillos aromáticos y, para terminar, una taza de chocolate *«ya que no existe en España comida sin chocolate»³¹.*

²⁹ *Ibidem*; pg. 43.

³⁰ *Ibidem*; pgs. 50-51.

³¹ *Ibidem*; pg. 29.

En el baile al que asiste en casa de la Marquesa de Ayanz, las reglas sociales ibéricas le sorprenden igualmente. En particular, no tanto el baile en sí mismo, «acompañados por una orquesta de violines y guitarras», cuanto el papel jugado en la sociedad navarra -pero también castellana en general- por el «cortejo», sobre el que su atención se detiene de manera particular, esbozando finalmente este retrato un tanto satírico de este ambiguo personaje:

«Un cortejo es apuesto, entra en un salón, atrae las miradas que no busca y toca la guitarra; he aquí lo que he dicho y usted no debe pensar nada más»³².

Más aún le choca la presencia en el baile de eclesiásticos, que no sabe si explicar por la existencia de lazos familiares o por una permisividad más tolerante de la sociedad española:

«He visto [en el baile] algunos eclesiásticos: quizás fueran parientes: pero me pareció, en general, que éstos no se privan en España de los inocentes placeres que en otras partes son vistos como profanos»³³.

Quichi es el paradigma del noble ilustrado, instruido, sensible a la belleza de la poesía. Habla francés y posee una biblioteca con libros en las diferentes lenguas de Europa³⁴.

El pueblo, finalmente, está visto de manera más rápida, y sólo al socaire del desarrollo de su viaje. Comienza Faget por subrayar la antipatía de la masa del pueblo de Pamplona hacia los franceses, a quienes apodan «gabachos»:

«He podido darme cuenta que el populacho de la Navarra ha nutrido la antigua antipatía del español para con el francés»³⁵.

³² *Ibidem*, pg. 38.

³³ *Ibidem*; pg. 39.

³⁴ *Ibidem*, pg. 44.

³⁵ *Ibidem*; pg. 6.

Traza, igualmente, un interesante relato físico de los pamplonicos de ambos sexos, que nos parece digno de ser transcrito *in extenso*:

«Al observar los dos sexos en Pamplona, se les creería de dos naciones diferentes: los hombres parecen descender de los africanos bereberes: tienen la tez oliva, la cara delgada, el andar grave, y su estatura no es muy alta, aunque bien proporcionada. Las mujeres se parecen a esas hermosas asiáticas de Circasia, Cachemira o de las Escalas del Levante. Sólo tienen un pequeño defecto, y es que sus dientes están, por lo general, deteriorados, ya sea por el uso simultáneo de los helados y del chocolate, ya por influencia del clima»³⁶.

Respecto a la lengua hablada por el pueblo, señala Faget un bilingüismo castellano-Euskera generalizado, al menos en la ciudad de Pamplona:

«En Pamplona se habla español y vasco; la gente del común emplea indiferentemente ambas lenguas: la ciudad misma tiene dos nombres. En lengua vasca se llama Iruña, buena ciudad; y en español Pamplona...»³⁷.

Finalmente, encontramos también en los «*Souvenirs...*» la visión bucólico-literaria tradicional sobre el campo, al presentarnos los valles del Baztán y de los Aldudes o País Quinto. Se nos presentan aquellos valles como otros tantos Paraísos terrenales, y sus habitantes como los felices beneficiarios de una mítica y eterna Edad de Oro:

«Pasé después las montañas del Baztán y bajé al hermoso valle de los Aldudes. (...) ... viven aquí hombres dichosos en la simplicidad de la naturaleza. Es una Arcadia, una Edad de Oro: no se conocen allí ni necesidad ni enfermedades (...) sólo se muere de vejez...»³⁸.

Acostumbrado a una vida de ciudadano por lo esencial, y de hombre de la nobleza de toga en sus actividades laborales, Faget de Baure se interesa poco por la economía de las regiones que atraviesa, salvo en algunos casos particulares y significativos.

³⁶ *Ibidem*; pgs. 61-62.

³⁷ *Ibidem*; pgs. 59-60.

³⁸ *Ibidem*; pgs. 80-81.

Como buen viajero, anota y da su parecer sobre la red de carreteras navarras y guipuzcoanas, atribuyéndoles una buena nota al compararlas con las carreteras francesas:

«...uno se da cuenta de que está saliendo de España por la diferencia de [estado de] los caminos del otro lado del Bidasoa; los caminos franceses de Irún a Bayona son impracticables»³⁹.

Respecto a fondas o albergues españoles, tan criticados por los viajeros de la época en general -así como el mal estado de las carreteras, por otro lado- nuestro bearnés hace los mayores elogios del de Oyarzun:

«... si todos son tan cómodos como éste, y están regentados por anfitriones tan honestos, debe de ser agradable viajar por España»⁴⁰.

Por lo que a la industria se refiere, Faget visitó de paso, la nueva manufactura de municiones de hierro de Eugui y admiró los fuelles a la sueca de sus fundiciones; la describe como:

«... una manufactura de bombas: tres hornos funden, al mismo tiempo, treinta mil piezas de hierro; fuelles a la sueca avivan el fuego. Es uno de los mejores establecimientos que hay en España»⁴¹.

Aprovecha nuestro viajero la ocasión para comparar la explotación de los bosques -la madera era el combustible base de la metalurgia en aquel momento- en Francia y en España, poniendo de manifiesto la mucho más racional utilización y conservación de los bosques en las regiones navarras:

«...los franceses no explotan los bosques sin destruirlos; los españoles, por el contrario, los cuidan, los repueblan y los conservan; lo que no impide a los

³⁹ *Ibidem*; pg. 69.

⁴⁰ *Ibidem*; pg. 68.

⁴¹ *Ibidem*; pg. 80.

economistas franceses compadecer cada día la mala administración rural de los españoles»⁴².

Desde el punto de vista agrícola, Faget de Baure -a pesar de ser un amigo y admirador del agrónomo inglés A. Young, con quien dice haberse entrevistado- se interesa poco por la economía agraria, como él mismo lo confiesa:

«Pero ¿qué me importa a mí, viajero, la economía campesina?»⁴³.

Su percepción de la economía navarra es, pues, puramente accesorio, nacida del lento recorrido de su coche de caballos por los campos navarros y de sus cortas estancias en algunos pueblos.

En conclusión; podríamos decir que, como otros viajeros bearneses, Jacques Faget de Baure encuentra en las regiones navarras visitadas lo que deseaba encontrar, y el carácter parcial de sus descripciones sorprende cuando se piensa en el conocimiento antiguo y profundo que los bearneses tenían de estas regiones fronterizas. Pero comparadas a las imágenes negativas que sobre España predominaban aún a finales del siglo XVIII, sus testimonios son excepcionalmente benévolos. Insistiendo en lo exótico y novelesco, Faget de Baure rehabilita en cierta medida las costumbres y una cierta literatura, que iban a encantar a los románticos.

Y vistos a través de este prisma deformante de la literatura y del exotismo, los navarros de Faget -y los españoles por extensión- no eran seres neutros. Original, en cuanto simpatizante en una época en que aún estaba vigente la Leyenda Negra, la visión de este bearnés está cargada igualmente de potencialidades contradictorias. Cada singularidad del hábitat, del vestido, del carácter o de las costumbres, tenía su contrapartida negativa. El hogar, comparado con el de los lapones, podía ser visto tanto como un ejemplo de adaptación a las exigencias del medio ambiente, como una prueba del atraso de estas regiones. Y si los asesinatos eran menos numerosos que en el pasado, la venganza continuaba formando parte del carácter hispánico.

⁴² *Ibidem*; pg. 84.

⁴³ *Ibidem*; pg. 84.

Para Faget en suma, España era un mundo en la frontera de la civilización -bien conocido es que para muchos autores franceses de la época «*Africa comienza en los Pirineos*»-, y el carácter de sus habitantes estaba hecho de contrastes violentos, de una irreductible diferencia. Todo ello dicho con una exquisita «*politesse*» y el lenguaje más rebuscado para insinuar sin decir y apuntar sin ofender.

ANEXO DOCUMENTAL

Los San Fermín.

Eran los días de la fiesta local. Todo estaba en movimiento: incluso los más viejos mostraban una agitación difícil de concebir. El antiguo traje español, con la amplia capa, la chaquetilla corta y el amplio sombrero que cubría la cara, es una especie de disfraz favorable al placer, pero peligroso a veces para la tranquilidad pública. Simple protección para un amante tímido, sirve igualmente para ocultar los odios y las venganzas; y el asesinato era antaño frecuente.

El conde de Gages escribe que el medio más seguro para introducir la policía y el orden en Pamplona era convencer a sus habitantes para que abandonasen su traje, a lo que consintieron con pena, cediendo a la razón de Estado; pero, no obstante, no pudiendo renunciar totalmente a tan indumentaria tan cara a sus recuerdos, se reservaron el derecho de utilizarla una vez al año, el día de la fiesta local. ¡Con qué entusiasmo se presentan tal día vestidos con su traje tradicional! ¡Cómo se ocupan durante todo el año preparando todo aquello que puede, entonces, poner de relieve su elegancia: los más finos tejidos de Lyon; los más agradables bordados; los tejidos brillantes de la India, son utilizados para confeccionar su jubón castellano!. Se arrebujan en sus capas, que echan ligeramente sobre un hombro u otro; y cuando se la quitan, deslumbran con su magnificencia inesperada. No me extraña que los descendientes del Cid y de los Abencerrajes estén tan apegados a este traje: es como su imaginación, brillante y romanesca.

La fiesta comienza con una procesión destinada a reseñar las victorias de los españoles sobre los moros; es una especie de triunfo religioso. Salen enormes muñecos que representan los reyes y las reinas moros; estas figuras van encadenadas: así es también como los romanos hacían colocar en sus pompas triunfales los emblemas de los pueblos vencidos. Vienen después los cuerpos civiles y militares; los gobernadores y los alcaldes. Cada uno vestido con el traje de su estado; son seguidos por una multitud de religiosos de diferentes órdenes. No creo exagerar demasiado diciendo que esta legión estaba compuesta de no menos de mil hombres. Entre las dos filas de la procesión caminaban niños, vestidos como se pinta a los ángeles: llevaban cestas de flores y arrojaban a su alrededor pétalos de rosa. Saltimbanquis valencianos ejecutaban entre las dos hileras danzas o ejercicios de destreza: uno realizaba saltos mortales; otros formaban una de esas pirámides en la

que los hombres, apoyados unos sobre otros, componen un edificio vivo; coros de música, gaitas, birimbaos⁴⁴, guitarras: una mezcla singular de religión y de espectáculos profanos. Esa especie de delirio que las fiestas públicas provocan en el pueblo, sobre todo cuando están consagradas por la antigüedad; lo que podríamos llamar la ebriedad de la imaginación. Todo concurre a hacer agradable esta ceremonia, incluso a los ojos de un extranjero; y no puede uno dejar de sentir una secreta satisfacción cuando se dice a sí mismo al contemplar a los habitantes de Pamplona: son felices, al menos un día al año.

La corrida.

Lo que más interés suscita es la corrida de toros; es el acontecimiento que ocupa todas las mentes; he visto publicar una declaración de guerra, nadie prestaba la menor atención: todos los pensamientos estaban absortos en el espectáculo de los toros. Estos toros son animales salvajes; los van a buscar a las cúspides de las montañas. Se las atrae presentándoles las vacas, que se hace correr delante de ellos. Los toros las siguen, impulsados por una inclinación ciega: se les conduce de esta manera hasta Pamplona; a la hora que deben de entrar en la ciudad, todos los habitantes se colocan a ambos lados de las calles, dejando entre ellos un espacio libre: los toros, siempre precedidos por las vacas, se lanzan impetuosamente a través de dos filas de capas que revolotean a su paso; los aplausos resuenan en torno a ellos; su carrera es tan rápida que jamás se apartan de su camino; parecen conquistadores que no se dignan echar una ojeada sobre sus conquistas. Cuando llegan a la gran plaza, las vacas entran en un patio separado en dos por una reja, que se deja caer en el momento preciso en que los toros se precipitan hacia ella; se abre una puerta a las vacas, y los toros quedan ahí, en un estado de furia, hasta el momento en que deben combatir.

El gran combate está precedido por unos ensayos que llaman novillos: un toro, cuyos cuernos están embadurnados de cera, arcilla y pez, es librado en la plaza a los asaltos del populacho; los toreros están presentes para retirar el animal cuando coge a alguien. Se trata de una especie de escuela en la que cada uno se ejerce a tal género de esgrima; pero también tiene su peligro: he visto al toro coger a un hombre y

⁴⁴ «Instrumento músico que consiste en una barrita de hierro en forma de herradura, que lleva en medio una lengüeta de acero». Diccionario de la Real Academia de la Lengua, *Edit. Espasa-Calpé, Madrid, 1950.*

lanzarlo veinte pies al aire. De la misma manera que vemos, en las salas de armas, los juegos del florete causar la muerte, ya por imprudencia ya por accidente. Pero la corrida comienza: es la una. Una compañía de granaderos marchando de frente, barre ante sí la multitud que llenaba la plaza; el coso queda libre. El ruedo está cerrado por galerías de madera: su altura, por el lado de la plaza, es de ocho pies; a partir de ahí, se levantan los graderíos, que es donde la mayor parte de los espectadores se colocan. Por tres lados de este recinto se levantan casas con tres pisos de balcones; estos balcones se alquilan este día en beneficio de la ciudad: producen unas veinte mil libras, que sirven para pagar holgadamente los gastos de la fiesta.

Rápidamente hacen su entrada los Alcaldes y oficiales municipales; van a caballo y con su traje de magistrados; dan la vuelta al ruedo, el público les saluda con aclamaciones, y las capas revolotean a su paso; los caballos se espantan, y mientras el magistrado saborea su gloria, su caballo -como el del Padre Canaye- le recuerda que todo es vanidad: lo arroja al suelo o le cansa tanto que ese momento es el más penoso en las funciones de alcalde. Salen después los toreros, vestidos a la española: redecillas en la cabeza, chaquetilla de terciopelo rojo, verde o negro con mil botones; son jóvenes, ágiles y vigorosos. Seguidamente vemos los toreros a caballo⁴⁵; y hasta las mulas destinadas a arrastrar los toros muertos fuera del recinto, son presentadas a los espectadores. Por fin, tras esta especie de revista, el torneo comienza. Suena la trompeta; no quedan en la plaza sino los toreros de a pie. Se abre la barrera; un toro surge y salta a veinte pies. Arremete contra el torero, que lo esquiva presentándole una capa y retirándose a un lado. Todos le arrojan pequeñas flechas, cuyo arpón no mide más de media pulgada⁴⁶; los pinchazos lo irritan y enfurecen; persigue al torero, que corre hacia lo alto de la barrera donde encuentra refugio. Se hace entrar a los toreos de a caballo, armados de largas lanzas con cortos arpones de hierro; con este arpón paran al toro cuando se lanza sobre ellos, pero ponen en peligro su vida si no lo consiguen; por ello, los toreros de a pie siguen cada movimiento del toro para estar dispuestos a desviarlo cuando se dispone a derribar el caballo y al caballero. Por fin, el combate ha durado lo suficiente; ha llegado el momento de terminar: la trompeta fatal suena; no queda en la plaza sino un torero, quien se dirige bajo el balcón de los alcaldes para tomar la espada de la muerte: se

⁴⁵ *Los picadores.*

⁴⁶ *Pulgada: medida que equivale a unos veinte y tres milímetros. Se trataba, pues, de flechillas de un centímetro, poco más o menos.*

adelanta hacia el balcón de alguna persona distinguida, que elige por padrino del combate que va a librar, y a la que dedica la actuación que va a comenzar⁴⁷. Desde allí escoge su situación frente a la carrera del toro: con una mano le presenta su capa⁴⁸; con la otra mantiene inmóvil la espada, derecha y corta, que constituye su única arma: el toro se precipita hacia la capa bajando la cabeza, y la espada, dirigida hacia aquel punto en que los lomos se unen con la cabeza, penetra con tanta mayor facilidad cuanto que la fuerza del toro lo lleva derecho al golpe: cae muerto instantáneamente. La trompeta anuncia la victoria. Tres mulas, más rápidas que el viento, entran velozmente en la plaza arrastrando unas angarillas sobre las que se llevan al toro. Este pertenece al vencedor: los alcaldes se lo dan como premio a su destreza, si lo ha matado del primer golpe o con alguna circunstancia de valor o maestría particular; y el padrino elegido por el torero, le arroja piezas de moneda.

He aquí el espectáculo de base; pero se intenta variar. Así, por ejemplo, en medio del espectáculo de esta especie de tragedia, se representa una suerte de farsa: todos los molineros y panaderos, con traje y sombrero blancos, se colocan en el centro de la plaza, teniéndose fuertemente agarrados por los brazos unos a otros, y presentando ante ellos un frente impenetrable, formado de larguísimas picas terminadas por un espolón de hierro. El toro acomete contra esta masa, y a la primera investida hecha por tierra a todo el batallón; pero herido, se enfurece y los toreros de a pie le dan unos pases, hasta que los vencidos han rehecho sus filas y vuelto a formar la masa del batallón. El toro realiza un nuevo asalto: una vez más sale vencedor; pero sus fuerzas se agotan; cada victoria le cuesta una herida y tras varios asaltos se encuentra tan debilitado que ya no puede ni atacar ni defenderse. Muere con la desesperación de haber tenido que ceder ante unos cobardes. Una escena imponente es el combate, cuerpo a cuerpo que el peruano Pepillo libra con el toro: se presenta montado sobre un hermoso caballo adiestrado para este género de combate. Tras un preámbulo durante el cual enfurece a su enemigo, le lanza una soga con un nudo corredizo con el que atrapa las patas del animal: lo derriba, le pone sobre sus lomos la silla de su caballo, lo desata, monta sobre él y, pinchándole con dos dardos, da la vuelta a la plaza sin que los saltos del animal furioso logren nunca echarle de la silla.

⁴⁷ *La faena, diríamos hoy.*

⁴⁸ *La muleta.*

Fui testigo de un descalabro que reafirmó aún más la fama de Pepillo. En una maniobra demasiado precipitada, su caballo se encontró demasiado cerca de la barrera y demasiado acosado por el toro para poderle escapar; Pepillo no tuvo tiempo sino de saltar por encima de la barrera; el toro plantó sus cuernos en el cuerpo del caballo; por todas partes sonaron los aplausos y esta exclamación: «Viva [el] toro»⁴⁹. Pepillo, furioso, fuera de sí, se lanza a la plaza, toma la espada, asesta al animal veinte golpes sin ni siquiera cubrirse con la capa, ni tomar la mínima precaución por su propia vida.

El toro es verdaderamente el Héroe del espectáculo: el interés se centra totalmente en torno a él: es soberbio, imperial, indomable; tiene la fuerza, la belleza y el coraje; es digno de pena. ¿Qué mas hace falta para convertirlo en héroe de tragedia?

Una sola deficiencia encontré en esta tragedia: que tuviera diez y seis actos; y hay que ser del país para no cansarse de una obra tan larga. Pero es el espectáculo de los españoles: representa para ellos lo que los juegos del circo representaban en Roma y Constantinopla. Se apasionan por los toreros llegando a divisiones entre ellos: en Constantinopla, dos cocheros del circo dividieron al pueblo en dos facciones⁵⁰; en París, glukistas y piccinistas forman últimamente dos partidos⁵¹; en Londres, Fox y Pitt son los jefes de dos ejércitos enemigos⁵²; y la reputación de Romero y Pacheco, rivales en el arte del toreo, ha dividido a España en Romeristas y Pachequistas. ¿Y que puede importar el tipo de fiestas; que puede importar la justa

⁴⁹ *En español en el texto, seguido de la traducción francesa «Vive le taureau».*

⁵⁰ *En la gran época imperial, Constantinopla estaba dividida en cuatro facciones agrupadas de dos en dos, cuyos colores -el azul y el verde- eran llevados y defendidos por los cocheros cuando se celebraban las grandes carreras de carros. Estas facciones encubrían en realidad oposiciones sociales y religiosas: los azules, representaban a los habitantes de los barrios aristocráticos, y los verdes a los de los barrios más pobres de la gran urbe.*

⁵¹ *Glukista: partidario de la música o del sistema musical del compositor alemán Christoph Gluck; por oposición a «piccinista», partidarios de la música de Niccolò Piccini, compositor italiano. Los dos del siglo XVIII. Grand Larousse Encyclopédique, París, 1962.*

⁵² *Fox (1749-1806), político inglés; uno de los grandes oradores del partido Whig; favorable a la Revolución Francesa, fue el infatigable adversario de Pitt, haciéndose el defensor de una política de no intervención inglesa. Pitt, William, llamado el segundo Pitt (1759-1806); entra a los 23 años al gabinete como ministro de finanzas; Primer Ministro en 1783, triunfa en las elecciones de 1784 sobre los partidarios de Fox.*

crítica que un extranjero pueda hacer de ellas, si tienen la ventaja de enraizar firmemente a los hombres en la tierra que los vio nacer?».

(«Souvenirs de Voyage en France et en Espagne»; Cap. 1º: *Pampelune, S. Sebastien et les Basques*; pgs. 8 a 28).